traños afectos, el orgullo del pensamiento y los viles ejemplos; es porque teme á la ira burlona del incrédulo....

¡Oh cuán profundamente hirió mi alma ese escarnio con que se atacaba á los altares!

¡Insensato de mí! ¡calléme y guardé en mi corazon aquellas horribles palabras, y sonreíme ante aquella sonrisa llena de astuta perfidia, y quedéme en la incertidumbre entre las austeras verdades que se me tenian enseñadas y las risueñas y soberbias doctrinas de la sierpe que conmigo hablaba!

Desde aquel funesto dia, no, no pude aborrecer los altares que habian adorado mis abuelos, pero de vez en cuando contemplábalos con la duda de si deberia venerarlos como en los preciosos dias de mi inocencia, ó si seria mas acertado que los olvidase, que me burlase de ellos y que no tuviese mas divinidades que mi voluntad y mi audacia.

Así pasé mi adolescencia y llegaron mis juveniles años con su embriaguez de estudios, y con su esperanza fundada en el natural vigor de mi razon independiente. ¡Y sin embargo, impeliame hácia los altares un secreto hechizo! Aconteciome con frecuencia que arrojase lejos de mí los libros orgullosos, que huyese de las sociedades burlonas é impías, y que me retirase desalentado y solo, bajo las grandiosas bóvedas de la añosa basilica de Leon, donde descansan las cenizas de los primeros apóstoles de las Galias.

¡Primorosa iglesia! ¡Cuántas veces inclinado ante tus altares, orando y meditando, cuántas veces lloré por mi querida Italia ausente de la cual me hallaba, y por aquel lejano hogar en derredor del cual estaban sentados mi madre, mi padre y mis hermanos! Y tambien lloraba pensando en las tinieblas que me circuian, en las dudas que me asaltaban, en las pasiones que me acometian y en mi Dios á quien habia perdido!

¡Pero no, no le habia perdido! Su luz resplandecia algunas veces á mis ojos con fulgor tanto, que se disipaban mis tinieblas; y mi alma, enajenada, aun entonaba himnos al Señor...!

En aquellos dias reinaba una filosofía embustera que se habia levantado por entre torrentes de sangre y sobre las ruinas de los altares.

No tenia mi corazon la noble constancia de su arrepentimiento. Mi fé era lánguida, y vivia yo como un infiel. Entonces fué cuando hirió el rayo mi cabeza, y cuando me fueron arrebatados todos mis terrenales gozos; víme en manos de un potente enemigo que primero me condenó á muerte, y despues á arrastrar pesadas cadenas.

¡Humilde capilla de Spielberga, que no oyes jamás sino la oracion del sacerdote y la de los infelices que pasan su vida encarcelados, yo ví bajo tu techo el esplendor de Aquél que consuela y que no desecha los suspiros que el dolor hace exhalar del pecho; de Aquél que acep-

tó el acerbo cáliz que queria apartar de sí, su humanidad, estremeciéndose!

¡Con qué vehementes deseos esperaba yo en mi calabozo la aurora que nos trae la solemnidad del séptimo dia! Hallábame sumido en la tristeza durante todo el intervalo que separa á la una de la otra, y agitábase mi imaginacion meditabunda y enfermiza; veces habia en que la acosaban fantasmas y temblaba yo de terror al pensar si la luz de mi razon iria á extinguirse. En aquellos terribles momentos buscaba á Dios de cuando en cuando, y, estremézcome de decirlo,—no le encontraba.

Pero en fin, veia llegar el dia consagrado al Señor, oia el alegre sonido de aquella campana bendita que suscitaba en el alma, con la memoria de lo pasado, deliciosisimos pensamientos. Un poder inexplicable, divino, parecia disminuir el horror de la caverna en que yo moraba, y mi corazon, como el de un niño, latia á la voz querida de la campana del Señor.

Y toda la atrocidad de mi suerte desaparecia cuando venia á abrirme la puertas un compásivo carcelero, cuando percibia las palabras de mis compañeros de encierro, cuando custodiados por soldados íbamos caminando juntos. Todas aquellas desdichadas criaturas hacíanse rápidas demostraciones de una amistad constante, empero no era dado á todos los amigos encontrarse, hablarse y orar los unos al lado de los otros.

Siempre, sí, siempre mi alma conmovida ex-

perimentó un júbilo nuevo y profundo cuando en aquel asilo misero, pero sagrado, se me permitia arrastrar mis cadenas; cuando veia allí, en medio de una misteriosa humildad, al Dios de la gloria celestial bendecirnos, y llevado por ese su amor inagotable, ofrecerse á su eterno Padre en holocausto.

Allí era donde me hablaba Dios al corazon, y su voz, como la de un padre lleno de amor y de desvelo que llama á su desconsolado hijo, me decia: ¡"No temas que mi ternura te abandone nunca! ¡Ya veo que tú no sabes dejar de amarme y se te concederá cuanto quieras!"

Y luego tambien me decia; "Si te he castigado no es por un furor que desconozco, sino porque no eran oidos mis ruegos, por que recorrias las sendas del orgullo y te habias olvidado de mí por ir en pos de aquél que arrastra las almas al dolor eterno. Mi poderosa mano te detuvo en el sendero que recorrias, porque te amaba yo, porque te amo y porque he venido á salvarte."

Arrojábame entonces á sus plantas, derramaba lágrimas que eran para mí de inefable dulzura, y exclamaba: "¡Señor, haz lo que quieras con este mísero hijo de Eva! Demasiado tiempo me he mostrado sordo á tu voz, pero hoy esta voz me inspira valor y me sublima; nada tenia yo derecho á esperar, pero supuesto que me amas, otra mas merced solicito; ¡haz, oh mi Dios, que yo tambien te ame!"

Y renacia en mí la confianza, y desahogaba

todo mi corazon en el suyo; ¡rogábale por mi madre, que tanto suspiraba por su hijo! ¡Ofrecíale ferventísimos votos por mi tierno padre, por todos aquellos amigos cuyos padecimientos eran mas dolorosos para mí que mis propios padecimientos!....”

ANDRYANE.

“Destinado, en la época del imperio, á la carrera de las armas, ingresé desde muy temprano al ejército; y hacia mucho tiempo que en él servia cuando los acontecimientos de 1814 y 15, me obligaron á abandonar una profesion que habia abrazado con tanto ardor y con tan risueñas esperanzas.....Encontrándome en lo venidero dueño absolutamente de mi persona y de mi tiempo, difícil era que me libertase de los peligros que debia correr en Paris un jóven de diez y ocho años cuyo padre disfrutaba de cuantiosos bienes, y cuya educacion primaria, como se acostumbraba entonces, habia sido demasiadamente inclinada á la milicia para que este jóven pudiese en seguida dedicarse á nuevos estudios, ó consagrarse á ocupaciones útiles que le pusiesen á cubierto de los males que ocasiona la ociosidad, la fogosidad de las pa-

siones y las seducciones del amor propio. Abandonéme, pues, ciegamente y sin reserva à los peligrosos placeres que se presentan tumultuosamente en Paris, á los que, como yo en aquella época, tienen oro para satisfacer los gustos mas ruinosos y un exceso de juventud y de vigor para sostener las locuras de toda especie que el ejemplo sugiere y en las cuales la vanidad nos induce incesantemente á excedernos. Trasforméme en jòven à la moda, à quien se citaba por su exquisito modo de vestir, por los magníficos caballos que montaba, por lo mucho que apostaba al juego y por las extravagancias que cometia; lamentable celebridad de que gozaba yo sin ser dichoso, y que de dia en dia me esforzaba mas en merecer, aunque se abrigaba en mi corazon un secreto rubor de mal emplear así mi vida, en tanto que en derredor de mí veia á mas de uno de mis compañeros de armas que, celosos de no aparecer inferiores á la estudiosa juventud de la época, volvian á empezar con fervor y con perseverancia una educacion descuidada.

Esclavo del hábito y de la vanidad mas bien que de los vacios goces que comenzaban á fastidiarme, proseguia adelante....cuando una circunstancia fortuita vino súbitamente á detenerme en la fatal pendiente á la cual me arrastraba aquella vida de ociosidad y de desórden, haciéndome prestar oido á los consejos llenos de cordura de una hermana que era para mí una segunda madre, y à quien no cesaban de